

## Capítulo Uno: Mc 11:15-17

*Interpretación literal de los versos en su contexto.* Marcos narra que, después de su “entrada mesiánica” a Jerusalén, el objeto inmediato de Jesús, su meta, era el templo, 11:11. Pero, a diferencia de los otros evangelios, Jesús, después de haberlo observado todo, se va del templo. Es decir, sólo Marcos nos dice que Jesús interrumpe su ida al templo, que sale de él inmediatamente después de entrar en él.

La razón de esto es que Marcos quiere “emparedar” (hacer un *sandwich* de) el incidente del templo (que vendría siendo lo del medio, o sea, la hamburguesa, jamón, etc.). Los “panes” son las dos partes que narran lo de la higuera. Sólo Marcos compone así las cosas. Es bien conocido su método “emparedadístico” (*dovetailing*, dos cosas que se acoplan (o mejor, son inherentes) perfectamente una con la otra, de modo que forman un todo inseparable, imagen tomada de la cola de la paloma, en inglés, *dovetail*). Este método bíblico sirve para ayudar a interpretar un episodio por otro, ya sea dando la clave interpretativa —como aquí— ya sea enriqueciendo las narraciones.<sup>3</sup>

La unidad entonces es así: Jesús al día siguiente de haber entrado en el templo, sale de Betania y, de lejos ve una higuera con hojas: cada palabra es importante, tiene un significado. Jesús quiere encontrar algún fruto en ella, pero sólo encuentra hojas, pues no era el *kairós* (“tiempo, momento”) para higos. El *kairós* del Reino trae cosas nuevas: ver Mc 1:15. Sólo hojas (apariciencia) no basta; cf. Mi 7:1-7. Jesús entonces dice que “nunca jamás nadie comerá fruto de ti.” Los discípulos lo oyeron: es decir, nos debemos preparar para la secuela, para lo que sigue.

---

<sup>3</sup> Un buen ejemplo se encuentra en Mc 5:21-43, compuesto por los “panes” de la hija de Jairo y la “carne” de la hemorroísa. Jairo le ruega a Jesús que vaya a ponerle las manos a su hija, que está a punto de morir, para que se salve y viva. Se verá que la niña tiene doce años, que en verdad había muerto, que hace falta fe, y que Jesús la tomará de la mano y la hará vivir, es decir, la salva. En medio está una mujer que ha sufrido un flujo de sangre por doce años. Podemos suponer muy bien que se trata de un flujo femenino crónico, pues la menstruante es algo típico en la Biblia y en la tradición judía (la Mishná le dedica un tratado, Niddá). Es el tema de Lv 15, que incluye el caso de menstruación anormalmente prolongada, 15:25-27. El marido no podía acostarse con ella, bajo pena de la contaminación más horrenda, la que resulta en que la Tierra vomite a sus habitantes (exilio), Lv 18:19, 24-30. Pero Mc 5:29 parece citar LXX Lv 12:7, respecto al caso de la parturienta. Esto nos indica que tanto la hija de Jairo (que Jesús toca), como la hemorroísa (que toca a Jesús), están muertas, y las dos más por no haber dado a luz que por otra cosa; la esterilidad era una muerte para la hebrea (ver Jue 11:37). Citar a Lv 12:7 indica que va a dar a luz, igual que vivirá la hija de Jairo. La versión de Lc 8:42 quizá quiera decir que había sangrado desde los doce años, es decir, nunca había podido tener hijos, como la hija de Jairo. En ambos casos, la fe “salva” (de todas las formas de muerte). Ambos relatos se mutuo-interpretan por medio del “emparedado.”

Es entonces que de nuevo llegan a Jerusalén y que Jesús entra en el templo.<sup>4</sup> “Comenzó a echar fuera a los vendedores y a los compradores en el templo.” Lo de “comenzó” es un uso peculiar marcano, pleonástico, no afecta el significado.<sup>5</sup> Lo importante es lo de “echar fuera,” pues este es el verbo que indica exorcismo (ver, p.e., Mc 3:22). Es a Burton Mack, con quien en general no estoy nada de acuerdo, a quien debo agradecer el haber señalado el vínculo entre la acción de Jesús en el templo y su primer exorcismo con “dominio” en Mc 1 :21-27.<sup>6</sup> Esto lo desarrollaremos más tarde.

Echar fuera a vendedores y compradores es un “hendiadys,” es decir, una totalidad indicada por dos de sus principales componentes, o por dos extremos (literalmente, “hendiadys” quiere decir “una cosa a través de dos”). En el templo, o se estaba comprando o se estaba vendiendo. Tenemos muy metido en la cabeza, como “buenos cristianos,” que el “templo” debe ser lugar de oración, y lo de los sacrificios sangrientos de animales es cosa de santería; al menos, éstos no se debieran comprar en el recinto sacro. Pero la función principal del templo judío era ofrecer sacrificios; ver no más el libro central de la Torá, ¡Levítico! Los animales debían estar sin defecto alguno; podemos discutir si en algún momento se vendieron en otra parte, cruzando quizá el valle de Cedrón (a “Hanuth” = “mercado”).<sup>7</sup> Nada apoya la idea que Jesús se oponía meramente al comercio en el recinto sacro, al menos según Marcos, si bien a un cierto nivel de lectura más superficial la cosa se pudiera entender así. Pero sigamos con nuestra exposición de la narración.

---

<sup>4</sup> WERNER H. KELBER, en *The Kingdom in Mark. A New Place and a New Time* (Philadelphia: Fortress, 1974), 100, ha señalado como en Mc 11:15-16 encontramos tres proposiciones que señalan la totalidad de la acción en el templo (abarca a todo el conjunto fánico [lo que está fuera del fano es “profano”]): entra *al* templo, echa a los que estaban *en* el templo y no permite que transporten vasos (sagrados) *por* el templo.

<sup>5</sup> Ver BLASS-DEBRUNNER § 392 (2); J.W. HUNKIN, “Pleonastic ἄρχομαι [comenzar] in the New Testament,” *Journal of Theological Studies* 25 (1924) 390-402.

<sup>6</sup> Ver su incrédulo (o al menos iconoclasta) libro *A Myth of Innocence. Mark and Christian Origins* (Philadelphia: Fortress, 1988).

<sup>7</sup> Ver VICTOR EPPSTEIN, “The Historicity of the Gospel Account of the Cleansing of the Temple,” *Zeitschrift für die alttestamentliche Wissenschaft* 55 (1964), 49. E.P. SANDERS, en *Jesus and Judaism* (Philadelphia – London: Fortress, 1985), 63, fuertemente ridiculiza lo que llama una noción decimonona (liberal, Protestante) de que el templo era para orar y no para sacrificar. Nunca hubo un tiempo en que no se sacrificara o se compraran animales ahí mismo para ese propósito, cambiando monedas cuando fuese necesario. Termina diciendo que (traduzco) “Aquí, como solemos hacer, constatamos que hay una falta de pensar en concreto, prefiriendo vagas abstracciones religiosas.”

El segundo elemento de la acción de Jesús es que vuelca las mesas de los cambistas y los asientos de los vendedores de palomas. El “volcar” corresponde a un verbo en griego que nos da la palabra “catástrofe,” por cierto casi un hápax en el Nuevo Testamento, es decir, sólo se usa aquí (“hápx legómenon” = “dicho una sola vez”); Mt lo copia de Marcos.<sup>8</sup> Es el verbo por excelencia que se aplica a la destrucción de Sodoma y Gomorra en los LXX, por ejemplo, en Gn 19:25, y a amenazas divinas que quieren evocar esa gran destrucción por antonomasia.<sup>9</sup> Ahora, las mesas de los cambistas se encontraban en grande durante la Pascua (la Mishná permitía trece de ellas), pues era entonces que cada israelita debería pagar el “precio de rescate” (en hebreo, *kopher*) por su entrada en la Tierra prometida, Ex 30:12-13, y éste sólo se aceptaba en “siclos (šeqels) del santuario,” es decir, en moneda tiria (de Tiro, al norte de Palestina), la que contenía el grado aceptable de pureza de la plata. Veremos que Jesús es el que paga definitivamente este rescate, Mc 10:45. Las palomas era lo que ofrecían los pobres (como los padres de Jesús en Lc 2:24) cuando no podían comprar un animal del ganado menor (ver Lv 12:8; el mísero podía incluso ofrecer cereal, Lv 5:7, 11). Jesús había sanado a un leproso y a una mujer con un flujo de sangre; si éstos eran como muchos en Israel, eran demasiado pobres para ofrecer un ganado, y comprarían sus palomitas (ver Lv 14 para el caso de leproso, y Lv 15 para el de la hemorroísa), que por cierto, hay quejas en la Mishná de que se vendían a veinticinco veces su precio justo.<sup>10</sup>

Lo siguiente es muy propio de Marcos. Dice que Jesús no permitía que nadie transportase *vaso* (alguno) por el templo. Muchas traducciones nos traicionan al traducir “nada” o “cosas,” pero está mal esa *interpretación*: la palabra en griego quiere decir *vaso*,

<sup>8</sup> Otras formas del verbo se encuentran en 1 Cor 10:5; no es muy cierta la lectura de 2 Pet 2:6, pero se refiere en cualquier caso a Sodoma y Gomorra; ver también 2 Tim 2:14 y una variante en Hch 15:16.

<sup>9</sup> Ver el interesante uso en LXX Job 12:19, en paralelismo con la destitución de sacerdotes y de los poderosos (hebreo: ‘que están firmemente establecidos en sus oficios’) Ver también LXX Job 9:5 (montañas), Job 28:9 (montaña ‘desde la raíz’, como la higuera en Mc 11:20). En el estudio valioso de JAMES W. THOMPSON, *The Beginnings of Christian Philosophy: The Epistle to the Hebrews* (Catholic Biblical Quarterly Monograph Series, 13; Washington, D.C.: Catholic Biblical Association of America, 1982), 125, se dice que una de las grandes diferencias entre el sacerdocio de Cristo y el sacerdocio levítico es que este último es transitorio, mientras que para el de Cristo se usa el verbo *paraménein*, (traduzco) “forma fortificada [del verbo griego “permanecer”], que se usa aquí con el significado “permanecer en un oficio” [la nota al pie de la página nos refiere a Otto Michel, *Der Brief an die Hebräer* (KEKNT; Göttingen: Vandenhoeck und Ruprecht, 12. Auflage, 1966), 276]. JOSEFO, *Antigüedades* 11. 309, usa *paraménein* para aseverar que el sumo sacerdocio judío era permanente.

<sup>10</sup> Ver CRAIG A. EVANS, “Jesus’ Action in the Temple: Cleansing or Portent of Destruction?,” *Catholic Biblical Quarterly* 51 (1989), 259, que defiende que sí se trata de una limpieza (contra Sanders).

y se debe pensar en los vasos sagrados que se usaban en el templo.<sup>11</sup> Este verso 16, único en Marcos, fue omitido por los demás evangelistas, que no siguen (quizá, ni siquiera entienden) la presentación de las cosas en este evangelio.

Ahora viene la enseñanza de Jesús, lo que también nos remonta a Mc 1:21-27, su primer exorcismo (Mack). Primero, Jesús dice que el nombre escatológico del templo será “casa de oración” (Lohmeyer), citando al significativo pasaje del Tercer Isaías, Is 56:7. Este pasaje se encuentra en un contexto asombrosamente inclusivo, de eunucos y extranjeros (comparar Dt 23:2-7), que forma un sujetalibros (inclusión) con el final de Isaías, que admite a extranjeros al sacerdocio judío (que era, o se había vuelto, rigurosamente exclusivo). Y solapadamente se alude a la añadidura de aún ‘otros’ a los ya reunidos de Israel, Is 56:8.

La segunda parte de la enseñanza de Jesús está tomada de Jr 7:11, del capítulo sobre la destrucción del templo. Jeremías denuncia la confianza mal puesta en el templo, mientras se mata y explota y se derrama sangre. Bien recordaba el profeta —que viene de una familia de los sacerdotes expulsados a Anatot, es decir, del sacerdocio levítico (no sadoquita) descendientes de Abiatar (el rival norteño del sureño Sadoq, a quien Salomón prefirió por haberlo preferido a él como rey; Salomón exilió a Abiatar a Anatot, 1 Re 2:26-27)—<sup>12</sup> la destrucción divina de su venerable santuario de Silo, por las infidelidades de sus sacerdotes, los hijos de Elí. De ahí que tema que la Casa llamada por el Nombre de Yahveh se haya vuelto una cueva de “bandoleros,” en hebreo *paritsim*, en griego *lēstai*. No se trata de meros hurtadores o ladrones; el *parits* derrama sangre (ver Ez 18:10), igual que el *lēstēs* viene a ser el nombre de los asaltantes y revolucionarios violentos tan odiados por Flavio Josefo; así en Mc 15:27; Lc 10:30; Mt 25:55; Jn 18:40; 2 Cor 11:26. ¿Y a quién puede tener en mente Jesús, en este pasaje? Pues a los “sumos sacerdotes y escribas” que se mencionan inmediatamente después (Mc 11:18), que quieren matarlo, pero que temen al “pueblo,” es decir, a la muchedumbre, que está a favor de Jesús. No

---

<sup>11</sup> Los que defienden que se trataba de una prohibición de transportar cualquier cosa se basan en la idea que Jesús está defendiendo al espacio sagrado contra los que lo usaban como atajo, lo que prohíbe la Mishná. Es decir, es parte de la interpretación de que Jesús (o mejor, Mc) aboga por un uso depurado del templo. Ver EMILIO G. CHÁVEZ, *The Theological Interpretation of Jesus' Temple Action in Mark's Gospel* (Lewiston, NY – Queenston, Ontario: Edwin Mellen Press, 2002), 140-142.

<sup>12</sup> La “equivocación” de Jesús en Mc 2:26 puede no serlo tanto: Abiatar es un inmencionable para ciertos círculos oficialistas, como vemos en 1 Cr 24:3 (el Cronista, como Jesús, se “equivoca” y menciona a Ajimélek, el padre de Abiatar, en vez de Abiatar, a quien debía nombrar junto con Sadoq).

olvidemos que a Jesús nunca lo hubieran ajusticiado los romanos por instigación de las autoridades judías (encargadas de mantener el orden, ver Jn 11:47-54) si no hubiese representado de algún modo una amenaza real al status quo político; es lo que más claramente muestra Jn 12:12-15, donde no sólo los discípulos, sino una “numerosa muchedumbre” (*BJ*)<sup>13</sup> lo aclama rey (ver ya Jn 6:14-15). Es la “entrada mesiánica” que cumple la lectura de Gn 49:8-12 hecha por Za 9:9-10. En Jn es única la mención de las “ramas de palmera” (*BJ*), símbolo de independencia política (¡es la Pascua!). Y los romanos están involucrados ya en el arresto de Jesús, Jn 18:3, 12. Por estas razones, los líderes judíos no quieren arrestarlo durante la fiesta, por temor a la reacción de la muchedumbre, Mc 14:1-2.<sup>14</sup> La parábola de los “viñadores homicidas” de Mc 12, que veremos en unos momentos, ilustra quiénes son los “bandoleros,” situándolos en la historia de Israel llegada —para Marcos— a su fin.

Y ahora viene la segunda parte de lo de la higuera; tenemos el emparedado completo. “Muy temprano” (como en la resurrección, Mc 16:2), se constata que la higuera se ha secado “hasta la raíz” (*BJ*). Esto evoca destrucción total (ver LXX Is 34:1-4). Ahora es que se nos dice (por boca de Pedro) que lo que Jesús había hecho era *maldecir* a la higuera. La “sequedad” de la higuera simboliza, representa, el “infarto” que Jesús le ha causado al templo al paralizar por total sus actividades, echando fuera a todos sus concurrentes, “catastrofiando” sus actividades, y parando el flujo de sangre que sus vasos sagrados facilitaban. Es así como el (de otro modo) inexplicable doble-episodio de la higuera (‘no era tiempo de higos’) se mutuo-explica con el episodio del templo.

---

<sup>13</sup> “*BJ*” = *Biblia de Jerusalén* (Bilbao: Desclée de Brouwer, 1975).

<sup>14</sup> Me parece cada vez más verosímil la hipótesis echa años atrás por la simpática estudiosa Annie Jaubert de que Jesús observaba un calendario solar, con orígenes sacerdotales muy antiguos, como los disidentes de Qumrán, lo que le permitió celebrar la “última cena” pascual un martes por la noche, antes de ser arrestado y pasar un par de días en cárcel. El Papa Benedicto XVI, en su homilía durante la Misa de la Última Cena, jueves santo, 2007, en la Basílica de San Pedro, adoptó esta hipótesis de un calendario solar, “disidente,” seguido por Jesús, con una celebración de la Pascua antes de la fecha oficial del judaísmo “mainstream,” y sin cordero (por rechazo al templo). Jesús, pues, fue crucificado el viernes (Jn 18:28; 19:14, 31) a la hora en que los judíos oficialistas mataban sus corderos pascuales (ver el artículo de Marco Politi, “Quella Pasqua misteriosa,” en el periódico italiano *La Repubblica*, sábado 7 de abril, 2007, página 45). En Mc, la muchedumbre se vuelve contra Jesús sólo bajo la manipulación de sus líderes, Mc 15:11. Marcos es el evangelio más alérgico a conectar a Jesús con “reinar;” comparar Mc 10:37 con Mt 20:21; Mc 11:9-10 con Mt 21:4-11 (notar ecos con Mt 2:1-3).

Lo que sigue representa el nuevo culto cristiano, que consiste en tener fe (como para desarraigar montañas), en la oración y en el perdón mutuo (condición de ser perdonados por Dios Padre, como en el Padrenuestro).

Ahora vuelven a Jerusalén, y los líderes le preguntan a Jesús con qué “dominio” hace “esto,” y quién se lo dio. ¿A qué se refiere “esto”? Si nos dejamos guiar por la respuesta de Jesús, “esto” se debe referir a todo lo que ha hecho desde su bautismo por Juan. Todo depende de si lo que hizo Juan, que dio comienzo a la actividad escatológica de Jesús, venía del cielo (de Dios) o no. Dios es el que da dominio, Dn 4:14, 22-23 (más obvio en LXX 4:17, 31; comparar Mc 2:10). Juan había dado inicio a un sistema escatológico de perdón, que evidentemente no tenía nada que ver con el templo (ver Mc 1:4-8; cf. Mt 3:7-12; 21:31-32). Así se inició Jesús en su ministerio del tiempo final, un ministerio apoderado por el Dios que le dio plenitud de poder a su plenipotenciario (valgan las redundancias!) “Hijo del hombre,” Dn 7:14. Si esto no lo reconocen los líderes judíos, ni modo, habrá que esperar para la respuesta de Jesús. Si ellos no le responden a Jesús, tampoco Jesús responderá, por el momento. Aquí hay un vínculo claro con el episodio del paralítico en Mc 2. Ahí, al ver que Jesús perdona pecados, los líderes “dialogan” (así dice, hiperliteralmente, el texto griego) en sus corazones; en Mc 11:31, “dialogan” unos con otros acerca del fundamento de la *exousía* de Jesús (vinculada a su bautismo por Juan). Pero ya por Mc 2:10 deberían haber aprendido que Jesús es el Hijo del hombre con *exousía* para perdonar pecados sobre la tierra, lo que demostró curando al paralítico. Nos toca después profundizar sobre esta *exousía* daniélica actuante en Jesús, y lo que conlleva “merecerla” y llevarla a su perfección eficaz (‘el Hijo del hombre tiene que sufrir’). Es así como se cumplirá Mc 10:45.

Ahora, para terminar nuestra ojeada al contexto de la acción de Jesús en el templo, diremos algo sobre los “sujetalibros,” la inclusión, de este contexto que delimitamos precisamente por esta inclusión. El contexto comienza con Mc 11:1-10, la famosa entrada mesiánica a Jerusalén. Fijémosnos en lo del pollino, en el burrito al que tanto espacio se le dedica respecto a su estar atado y luego desatado. Este animal humilde que necesita el “Señor” (*kúrios*, también = “dueño”), es la montura del humilde y pacífico rey mesiánico de Za 9:9, que entra “justo y salvado” (ésta última palabra ha causado perplejidad) a Jerusalén, y que dominará de mar a mar (ver Sl 89). Pero el pasaje

originario es el “oráculo de Judá” en Gn 49:8-12 —tenemos aquí una de las instancias en que la Torá es releída por los Profetas y releída de manera definitiva, con cumplimiento, en el Nuevo Testamento. Jacob, al bendecir a sus hijos antes de morir, dice que Judas es un león que dominará a las naciones. Éste ata su burrito a la vid: en la era escatológica, la abundancia de vino (y de todos los productos de una tierra vuelta a nacer, ver Sl 72) quita la preocupación que el animal se coma las uvas; es más, ¡hasta podrá lavar su ropa en vino! Es este animal que es desatado en la entrada mesiánica de Jesús: se trata del desencadenamiento de los acontecimientos escatológicos. Y a Jesús se le aclama con palabras del salmo de victoria, el 118; es el salmo que “cierra el *hal-lel*” (*BJ*), los salmos 113-118, que todos comienzan con “aleluya,” es decir, son cantos de victoria que se cantaban en la Pascua (ver Mc 14:26).

La sección final de nuestro contexto es la parábola de los viñadores homicidas. Jesús hace uso de su citación (única por su extensión) de las Escrituras, de Is 5:1-7, para presentar la historia de Israel como una de infidelidad. El símbolo es la viña, cuidada por el Señor para que diera frutos, pero no los dio; es más, a los “siervos” (= profetas) enviados los maltrataron o mataron esos que sólo eran los arrendatarios de la propiedad del Señor (de nuevo, *kúrios* en Mc 12:9 significa tanto “dueño” como “señor;” cf. Lv 25:23). Pero al final (*ésjaton*, Mc 12:6), le quedaba por enviar a un “hijo amado.” Este es Jesús, es “hijo amado” del bautismo, Mc 1:11 y de la Transfiguración, Mc 9:7. Es la misma expresión (*agapētós*, “Agapito”) usada en la historia del “sacrificio de Isaac,” Gn 22:2, 12, 16, y traduce la palabra hebrea *yajid*, “único.” A Jesús lo matan los que quieren usurpar la viña del Señor; son los “bandidos” (*lēstai*) aludidos en la cita de Jeremías cuando la acción en el templo. Ahora se interpreta la ignorancia (ver también Mc 12:24, 27, respecto a los saduceos; cf. Mc 15:35) de las autoridades (la parábola sigue a la discusión sobre la “autoridad” de Jesús en Mc 11:27-33) con una vuelta al Sl 118: Jesús es la piedra rechazada por los constructores (¿del templo?) que se ha vuelto piedra principal (¿de la construcción de un nuevo templo, la comunidad cristiana?). La autoridades lo hubieran arrestado ahí mismo, pero temen a la gente común (*ójlos*).





